
RAFAEL CHIRBES
La buena letra

Madrid, Debate, 1992, 139 pp.

Cuando no basta con vivir, cuando el silencio que oculta a los otros la más honda razón de los propios actos resulta agobiante, se hace necesaria una palabra que reconstruya lo invisible. Tal vez ese deseo de explicitar lo que falta sea el detonante de *La buena letra*, en el lento avanzar de una voz que rompe el silencio para salvar el vacío entre un gesto incomprendido y su motivación.

El valenciano Rafael Chirbes (Tabernes de Valldigna, 1949) ha creado en *La buena letra*, su tercera novela, el espacio adecuado para que una voz narrativa afronte el presente dejando al tiempo que el pasado aflore y dé forma a la vida. Es éste un modo de escritura propio del autor, que gusta explorar así no sólo la existencia de un personaje, sino la del entorno que la ha hecho posible. *Mimoun*, finalista del Herralde de 1988, y también en *La lucha final* (1991), ofrecían ya dos voces, muy distintas entre sí, que daban cuenta del difícil acceso al propio reconocimiento.

Ana es la voz que da cuerpo a *La buena letra*. Es una mujer que ronda los setenta años, y que habla a su hijo para explicarle por qué se niega a dejar su casa para que en ella edifiquen una finca nueva. Y el porqué es sencillo, pero no simple, al igual que su vida. Las palabras de Ana traen al presente sus recuerdos, y el discurso se vuelve autobiografía de una mujer que antes ha sido niña y adolescente, y que ha construido su vida de acuerdo con esquemas familiares y sociales establecidos, según su percepción, desde siempre.

Ana no ha salido de ámbito de Bovra, el pueblo que el autor sitúa cerca de Cullera o Tabernes. Su historia es la de cualquier muchacha que vive en un pueblo, se casa y vive sencillamente, hasta que la guerra civil cambia por completo todo su



mundo. Su marido y su cuñado afrontan la cárcel o la pena de muerte tras la contienda, y la vida se reduce a resistir, a realizar cada día el milagro de sobrevivir en la casa y ayudar al cuñado a no morir de hambre en la cárcel. Y procurar ser invisible. Salir con el alba a buscar la comida, deslizarse después en la casa para no recordar a los vencedores la propia presencia, dejar pasar los años sabiendo que la vida continúa.

Las palabras de Ana van desvelando, para ella y para el hijo silencioso, todo un mundo de lucha contra la miseria, la desgracia y la muerte. Pero, a lo largo de su recuerdo, la mujer recobra antiguas sensaciones, evoca hechos que ni ella misma había expresado para sí, y que revelaban un deseo de vida, una resistencia tenaz contra el dolor, una forma de esperanza que la hizo fuerte contra el desencanto. A la vuelta de los años, ella pone palabras a sentimientos que en su día entorpecieron la fluidez de la relación con su marido, con su hija, con su madre, por no haber sido expresados.

A medida que el silencio queda arrinconado, la mujer se perfila a sí misma, se reconoce como un sujeto capaz, no sólo de servir, de luchar para que los demás tuvieran su propia vida. Ana se mira a sí misma y se descubre otra, con esperanzas y sentimientos más allá de lo permitido (nunca pondrá en palabras lo que sintió por su cuñado Antonio) y más allá de lo posible. Porque lo posible le fue también negado.

No hay, sin embargo, acritud ni resentimiento en las palabras de la protagonista. Su recuerdo no es una acusación, ni tampoco una petición de clemencia. Es, más bien, la constatación de que, en uno u otro momento de la vida, el silencio debe ser roto para dar paso a la claridad, porque el silencio puede ser una huida que destruye (como en *Mimoun*) y la palabra, o la escritura, una forma de medir la distancia entre lo deseado y lo realmente obtenido.

En las tres novelas de Chirbes hay una forma autobiográfica que define la búsqueda de un personaje que rompe el silencio para intentar comprender. Sin embargo, en *La buena letra*, la elección del personaje es especialmente valiosa, y el autor, creo, se ha superado a sí mismo en la construcción de un discurso autobiográfico contenido en los límites precisos de sabiduría de un personaje femenino, que se mide en relación con un entorno social e histórico concreto, y que cobra progresivamente una profundidad capaz de hacer saltar esos mismos límites para alcanzar una notable dimensión humana.

Sin rencor, Ana explica a su interlocutor por qué no puede salir de aquella casa, en la que sus sombras protectoras, aquéllas que la han precedido en la muerte, la acompañan. Le hace saber que su fuerza ha estado siempre en resistir, en no salirse de un camino cuya meta fue simplemente mantener la dignidad. Pero el personaje da otra lección de madurez a través de la difícil relación que sostiene con otra mujer, su cuñada. Ésta, venida de fuera del pueblo, con modales refinados y afectados, intentó al principio captarla con pequeñas complicidades e incluso prometiéndole enseñarla a mejorar su escritura pero, en el fondo, tratándola como a su criada.



De esta mujer aprendió Ana dolorosamente que “la buena letra es el disfraz de las mentiras”, que la caligrafía elegante podía encubrir una gran dosis de malevolencia. Y, no obstante, es este personaje el único que, al final, va a quedarle a la protagonista como reducto de resistencia, como prueba de que el pasado puede ayudar a encajar los golpes de la vida. Porque, a pesar de todas las diferencias, de los engaños, de las desilusiones, existe entre ellas, ya ancianas, una corriente de solidaridad frente a lo nuevo, de acuerdo tácito en olvidar lo pasado para apuntalar lo que más valor tiene, que son los lazos de la memoria y del perdón.

Esta mujer que ahora habla, siente que su vida está escrita con una caligrafía imperfecta, con algunos borrones y con muchas torceduras, pero no encubre mentiras, porque lo único que estaba oculto era lo que velaba el silencio, y éste ha quedado acorralado por la palabra, por la verdad completa que, conveza o no a su hijo, es lo que da firmeza a su vida.

Con *La buena letra*, Rafael Chirbes no sólo ha escrito una novela hermosa, sino que ha entregado a sus lectores la posibilidad de unir el propio punto de vista al de un ser que nunca ha contado. En el fondo, la posibilidad de contemplar cómo la imposición tiene sus límites, incluso para los considerados socialmente débiles.

MARÍA JOSÉ NAVARRO